

Written tiger

Alberto Paredes

He visto un tigre hecho de palabras.

* * *

La máscara mortuoria de una mujer, pintada por ella misma.

Sobre todo: ese tigre hecho de palabras.

Y no era terrible sino simple y real.

Esta página no es tan torpe que pretendiera el plagio. Es lo contrario, un documento, entre otros, que muestra sin explicar cómo los dones y el generoso misterio nos acontecen, gratuitamente.

He oído mi nombre vibrar en la garganta —ronca y alegre— de Emmanuelle Haïm.

Sobre todo ese tigre: su destino, desde que una mano, cuyo nombre y rostro hemos perdido, lo trazó hace más de mil años (lo transcribió a nuestro mundo —debería yo apuntar). Fue en el primer siglo de la Hégira y casi llegó a su destino: los ojos de Borges.

He visto mi rostro en un espejo ilusorio: tres mujeres festivas, a la ventana de un café, que algo o alguien creyeron reconocer en mí.

Un guerrero troyano en el instante de caer, suspendido por el bronce de un escultor que no sabe su nombre, que no lo pudo haber visto, y sin embargo lo reconoció, como a su prójimo, hermano o enemigo, o como acaso a sí mismo en los meandros de otra guerra; y está ahí, el soldado troyano, cayendo en el centro de la batalla y en un verso de Homero.

No estoy pensando en Borges, el escritor adulto, autor de *Dreamtigers*, entre otras revelaciones, sino el niño Georgie, que en su patio de Buenos Aires, a los seis años, ya se dedicaba a dibujar tigres y soñar fábulas escritas. Si hubiera visto esas palabras irguiéndose, deslizándose como tigre en un campo de oro, quizá desde entonces hubiera comprendido que el corazón de su vida literaria era la unión de esos dos misterios, y llamarse a sí mismo *Tigerwriter*.

Ésas y otras cosas que el azoro de un fin de semana ha resaltado, apenas con mi participación.

Tigres de oro, tinta y papel. No por ello menos terribles o hermosos.

Como la infatigable sucesión de pesadillas que, una vez despierto, un hombre dibujó con impecable devoción, mientras pasaban las dos guerras mundiales, volviéndolas —pesadillas, guerras, fantasías— la esencia de su vida, su consigna de artista y de discreto profeta.

Pero quizá sí, Borges lo vio sin saberlo, como estaba previsto que sucediera, de forma que el luminoso misterio no lo aniquilara y sólo le fuera retirando, paulatinamente, la vista terrestre. Lo vio. Lo contempló por ese segundo decisivo que es el alma de una vida (ese instante que sus textos persiguieron a través de cada una de sus fábulas).

Y la imagen en el agua de la Mezquita Real de Isfahan, cautiva a miles de kilómetros, en la ciudad que la honraba, sedienta de apariciones.

He visto y oído esas ráfagas de lo que en este mundo es indecifrible, por diáfano y rotundo.

Como para otros, en el mismo siglo, fueron la revelación de un guerrero vencido en el fragor de Ilión, la máscara mortuoria que un año después sus deudos, de-

Apenas sigo en pie.

bieran tomar a una mujer solitaria, o el instante que es todos los instantes de los sueños y la vigilia de ese dibujante condenado a una devoción, un culto, que nadie ha descifrado.

Borges. Borges niño. Vio y entendió. Lo entendió todo, dulcemente, como los bienaventurados.

Y lo olvidó, para recuperarse a sí mismo. Volvió a estar en el patio de la quinta de Palermo. Norah, como siempre a su lado, le dijo: “Georgie, quería pintar tu rostro, mientras mirabas el aljibe, mirá cómo los crayones tomaron su camino, te hice una casa, toda formada de pasillos, patios y corredores. Tomala, para que se pasee tu tigre”.

Georgie dejó de ver lo que contemplaba, no guardó recuerdo; en el fondo suyo, el secreto empezaba a germinar.

Ese tigre, en mi fin de semana imprevisto, reapareció bajo una vitrina. Está pasando una breve temporada en el Musée du Louvre, antes de que ocupe el hogar que su Majestad el príncipe Sa d d r u d i n Aga Khan de Irán le ha destinado: el Museo del Aga Khan, en Toronto.

Ahí habrá que ir para invocarlo, para honrarlo y pedirle que sea benigno con los ojos que lo contemplan. Al mirarlo, se reanimarán las voces de la plegaria chiita que lo informa; serán garras, músculos al borde del salto, el vaho del hocico y dos colmillos inminentes:

In voca a Alí, dispensador de milagros. En él encontrarás el auxilio en los tiempos de desdicha. ¡Todos los males, todas las aflicciones se borrarán gracias a ti, Ta Walaya!: ¡Amistad, Protección de Dios! Repite tres veces: ¡Oh Alí, oh Alí, oh Alí!

En ese instante, que regresa sin cesar, para gloria del yerno del Profeta, el tigre existe.

Yo lo he visto. Mis ojos han sido su siervo. Pido que mis noches puedan olvidarlo, así sea por momentos, te lo pido por Fátima, tu honorable esposa, ¡piadoso Alí!

Nota bene: Todo esto que vi y oí sucedió en el fin de semana del 15 al 17 de diciembre de 2007, en París. Los artistas que esta página evoca son: Helene Schjerfbeck (Finlandia; 1862-1946), quien efectivamente hacia el final de su vida se concentró en autorretratos al óleo; uno de los de 1945 representa una máscara mortuoria —aún inexistente—: la propia. Henry Moore (Inglaterra; 1898-1986), vi la escultura del guerrero griego, no por fuerza troyano, en la exposición *Henry Moore et la mythologie*, Musée Bourdelle de París. Alfred Kubin (Imperio Austro-Húngaro, 1877-1959), dibujante de culto reconocido por su propia obra gráfica, visionaria y mórbida, por la novela *El otro lado*, que Kafka declaró admirar, y por sus inusuales ilustraciones para libros de Poe, Dostoyevski, Balzac, Wilde. Por su lado, la carismática clavecinista francesa Emmanuelle Haïm fundó Le Concert d’Astrée, que a menos de diez años de su aparición se cuenta como una de las mejores agrupaciones músico-vocales especializadas en el periodo barroco. La Mezquita Real de Isfahan: en efecto, una imagen producida con procedimientos digitales y proyectada en un espejo de agua, despedía a los visitantes, al final de la exposición “El Canto del Mundo: arte del Irán safavide”, exposición también montada en el Louvre (octubre 2007-enero 2008). Y por supuesto el inusitado y anónimo calígrafo chiita, posiblemente de origen persa, quien sobre una hoja de oro escribió un tigre de palabras con la invocación a Alí ibn Abi Talib, el cual, veinticuatro años después de la muerte del Profeta, pretendió reivindicar el califato, con lo que se originó la confesión chiita. (*Nota de A.P.*).

Plaque descriptive du *calligrame en forme de lion* (L’Inde, XVIII^e siècle; encre noire, gouache et dorure): “Invoque Alí, le dispensateur de miracles! Tu trouveras en lui une aide en temps de malheur. Tout mal et toute peine seront effacés par Ta Walâya [notion d’amitié, de protection divine]... Ô Alí, Ô Alí, Ô Alí”.

[Two Shiite notions:

bâtin: hidden meaning

zâbir: apparent meaning].

Un propos de Helene Schjerfbeck: “Il manque toujours la touche finale à une oeuvre d’art, ce qui est achevé est mort”. 1920: Alfred Kubin: *Das Ende des Krieges* (“La fin de la guerre”), squelette serene pas torturé ni souffrant, allongé, en paix. ♪

Tigres de oro, tinta y papel.
No por ello menos terribles o hermosos.